

# Emir Rodríguez Monegal y la crítica literaria

Julio Ortega

El congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana que se reunió en febrero de 1977 en la Universidad de Florida, Gainesville, estuvo dedicado al Modernismo hispanoamericano, y aunque no recuerdo de qué hablé, recuerdo, en cambio, haberme encontrado con Iván Schulman, uno de los mejores lectores académicos del Modernismo, para entonces bien repartido en partes iguales: la música es de Darío, las ideas de Rodó, la noche de Silva, pero el turno de lo actual es de Martí.

Yo debo haber tenido la cara de alguien que ha leído a Martí completo. No aceptaba, al respecto, la menor duda y me sometía a duelo airado con quien pretendiese poner a prueba los matices, bríos y ardores de un martiano cabal. Su prosa, observó alguien, era teresiana (con esa 'y' ilativa de tres frases, más que sumadas, sumarias; sobre todo comparada con la de Sarmiento, que era prosa de tira línea al modo urbano. Todavía me despierto con la leve alarma de que estoy en la última página de sus Obras, en el Diario; pero hay por delante territorio abierto para un párrafo suyo, de páginas más, porque leerlo es situarse uno mismo en su espacio virtual. Nos había tocado, como a todos los hombres, los malos tiempos, pero del Modernismo uno emergía con el principio esperanza a flote.

No olvido ese congreso porque compartí la misma mesa del restaurante del hotel a lo largo de esos días con Carlos Real de Azúa, el más sutil de los críticos literarios uruguayos, o sea, el menos militante, quien era invitado especial del congreso. Coincidimos en esa mesa y a ella volví en cada pausa por el café y por su conversación deleitosa, capaz de demorarse en los detalles de estilo, las referencias internas, y, claro, la índole belicosa de algunos críticos fatigados por la banalidad de la polémica. No estoy ahora seguro de que Carlos Real de Azúa asumiera la obligación de escuchar a los colegas porque cada vez que yo pasé por ese espacio de mesas vacías lo vi, solo, en su mesa del fondo, convertida en pausa iluminada. Todavía seguíamos definiéndonos a favor o en contra de Camus o Sartre, y yo, claro, estaba por Camus, sin excusas ni



murmuraciones, aunque era capaz de admirar el *Baudelaire* de Sartre. Carlos (o Carlitos como lo llamaban Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal, con sutil subrayado uruguayo, esto es, con afecto tan medido como tolerado) compartía, no sin sobriedad, el aprecio por el hombre que dice No, el rebelde, y si recuerdo bien se distanciaba del énfasis de Sartre por su voluntad de verdad. Tal vez Carlos prefería la incertidumbre de las certezas. Creí entender que su conciencia de estilo provenía de su cultivo de la crónica modernista, la cual culminaba en Alfonso Reyes, quien no inventó la conversación, que es casual, sino el diálogo, cuyo tiempo pertenece al coloquio, esa medida de nuestro plazo en el habla. Qué lástima que Carlos Real de Azúa y Luis Loayza no se conocieron porque se habrían reconocido, confirmados, en la lectura de Alfonso Reyes.

Yo insistía en preguntarle por letras uruguayas, pero él prefería demorarse en los grandes modernistas, y volver a Rodó. Era un ensayista entre ensayistas, sólo que añadía el enciclopedismo al periodismo, y me temo que hablaba desde ninguna parte (ni la academia, ni la prensa, ni siquiera las ideologías), tal vez para nadie, más allá de los lectores de *Marcha*, y del género, más bien inglés, del juicio documentado. Yo acababa de leer las crónicas de De Quincy y asociaba, deportivamente, la extensión del género a la locomoción. Los ensayos de Real de Azúa estaban hechos para la idea de la revista, no para las prisas de la prensa diaria. Yo contaba al menos con dos peruanos que vivieron en Montevideo, el poeta Parra del Riego (el de la Oda a Garrincha) y el también poeta y crítico Xavier Abril (un surrealista menor). No le dije que Uruguay se había vengado haciéndome compartir a Ángel y Emir, cuyos nombres no en vano presiden dos ejércitos voluntariosos. Su risa era breve y plateada.

Lisa Block de Behar escribió unas lúcidas páginas evocando la figura de Carlos, quien murió apenas unos meses después del congreso (*Jaque*, Montevideo, 13-07-1984). Es conmovedor que a ella, como a Ángel Rama y al propio Emir, la prosa de Carlos les resultara fluida y abundante, porque su riqueza de información y de juicio era acumulativa y se desplegaba, según explican, sin el rigor de la sintaxis editorial. En un testimonio sobre Carlos, Ángel incluso se queja de que él tenía que formatear o editar la prosa “arborescente” (el adjetivo es de Emir) de Carlos, imperturbable ante los límites del ensayo en un periódico. Lisa es más perspicaz, porque entiende esa expansión discursiva como un sistema analítico. Por lo visto, Ángel no solía leerse o nunca supo que su prosa era calificada, por sus amigos, como una dudosa traducción del alemán. Tampoco Rodó era apolíneo y hasta podía parecer pompeyano. Leyendo a Carlos Real de Azúa, por lo demás, uno asumía su hipérbole conceptista no como una mera suma de información, apenas hilvanada, sino como un rodeo inquisitivo (tal vez gracianiano). Pero Lisa, con elocuencia y autoridad, nos pone en la pista de una lectura más próxima cuando recuerda la noción de discurso de Foucault y su estrategia de referencias sumadas en la cláusula. Bien visto, el párrafo en *Las palabras y las cosas*

acarrea palabras a cambio de las cosas, y procede como una economía estricta de sus canjes. La discursividad de Carlos Real es más propia de nuestra tradición prosódica: cita las fuentes y da los ejemplos al mismo tiempo que clasifica, describe y evalúa. Esto es, resume con brío lo que no tiene tiempo de explicar. Su estilo pertenece más al discurso que al régimen de la escritura. Es la parte de temporalidad que en la prosa barroca alivia al párrafo de su monumentalidad. A Martí suele pasarle otro tanto, y acude a los exordios, ejemplos y casos para que el centauro del ensayo no cargue mucho peso. Después de los ensayos boscosos de Lezama Lima, las arborescencias de Carlos Real son más refrescantes.

Por lo demás, debe haber un *more geométrico* en la cultura uruguaya, el cual desde el liceo impide lo que en Cuba se llama el “negrito catedrático” y en Uruguay podría ser el “gaucho parlero”. Y, sin embargo, a pesar de su culto afrancesado de la economía sintáctica, la literatura uruguaya se ha permitido a veces una sintaxis oblicua, una figuración fecunda, como es evidente en la fluidez nada cartesiana de Felisberto Hernández, en la figuración barroquizante de Marosa de Giorgio, en los desmontajes y reciclajes de Mario Levrero, en la sintaxis fracturada y reanudada en los poemas de Enrique Fierro, en el canto a la elocuencia de los sentidos de Roberto Echavarren, en el conceptismo de saltimbanqui con que relumbra Eduardo Milán... En contra de la autoridad hegeliana y disciplinaria de la crítica, se ha configurado la otra literatura uruguaya, la que ha dejado la sufrida grisura de las oficinas de Benedetti, los espacios domésticos sin ventilación de Onetti; la melancolía económica de una vida cotidiana de clase media en el blanco-y-negro de los años 50. Carlos Real de Azúa, me parece, anunciaba ese otro lenguaje. Y aunque lucía como un raro y solitario aristocratizante era, más bien, un gozoso y fecundo humanista sin lugar propio en la florentina corte del desamor uruguayo. Como a Antonio Machado, le bastaba una silla para ejercer su cátedra.

Lisa Bock de Behar, en ese número de *Jaque*, hace un retrato espléndido de la vida intelectual y profesional de este crítico sin oficio, más allá de la erudición exquisita de sus ensayos; escritos éstos para nadie, más acá de los lectores profesionales, por un académico sin academia, fuera del liceo y la prensa cultural. Lisa nos permite verlo: “las dificultades de su exposición más las dislocaciones gestuales, conformaban una especie de ‘extrañamiento’ involuntario, igualmente válido, un fenómeno estético y natural a la vez. Establecía una distancia diferente, una desemejanza que apartaba su palabra, como su figura, fugitiva, inquietante, siempre a punto de alejarse”. Darío lo hubiera albergado entre sus “raros”. Hay, en el mundo hispánico, una estirpe de escritores sin autoridad de enunciación, que hablan desde cierta intemperie institucional, desde la informalidad de la crónica, ocultos en la prensa y el periodismo cultural, discretos y a veces oscuros, sin clasificación ni adscripción suficiente. Por ello, es elocuente lo que cuenta Ángel Rama sobre la “huelga” a sus colaboraciones que hicieron los linotipistas y correctores de



pruebas de *Marcha*, porque tenían que vérselas con sus incisos a mano en artículos laboriosos de citas en varias lenguas. Son estos escritores transitivos, los que producen una transición creativa frente al régimen de habla económica como ante el derroche de habla eufórica. Esos anuncios de otra escritura los convierte en excéntricos y difíciles. En Perú tenemos a un gran equivalente: Martín Adán, formidable poeta y devoto del ensayo, al que hiperboliza a partir de la cláusula barroca. Y en Cuba, Lezama Lima debe ser ligeramente extravagante para una prosodia civil, ajena al lenguaje figurado. Al final de las evocaciones, reconocí la dulce melancolía del montevideano sin monte en los poemas escritos en memoria suya. El de Ida Vitale termina estupendamente:

Que nuestro recuerdo te merezca  
Y nuestra tierra desmemoriada.  
Quién nos diera recuperarte  
En imposible apocatástasis.

Y Enrique Fierro se despide con el breve tremor emotivo que era capaz de entredecir mejor que nadie:

intercambiamos pasaportes  
vivos y muertos escribamos  
como ilusiones un fragmento  
[...]  
igual lloremos desolados  
y roguemos por el hermano  
del corazón ante los dioses.<sup>1</sup>

Se ha repetido que Ángel y Emir son los más influyentes, y a su hora, poderosos críticos uruguayos. Trazaron dos rutas, una más sociocultural y la otra más gratuitamente literaria. Pero las tribus de discípulos que retomaron su ejemplo son decepcionantes: empequeñecieron, hay que decirlo, las virtudes de ambos y, lo que es peor, los hicieron más irreconciliables, cuando lo culturalmente sano era, una vez libres ambos de las obligaciones de tener razón, reunirlos en un proyecto crítico de mayor visión y alcance, que fuese capaz, por eso mismo, no de confundirlos sino de hacerlos trabajar por la madurez dialógica de la cultura uruguaya. Lamento decirlo, pero allí donde hay un colega uruguayo suele haber una trinchera. Esa práctica adversarial les obliga a estar en contra de nuevas ideas, contra colegas que hacen otra cosa, contrariados con los estudiantes que no requieren un brujo o bruja mayor.

---

1 Semanario JAQUE, Separata "Carlos Real de Azúa". Montevideo, viernes 13 de julio de 1984. <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/3068>

Felizmente, los más jóvenes están libres de esa patología, y hacen su camino sobreviviente. He tenido excelentes estudiantes uruguayos, pero no diré quienes son para no exponerlos a la furia charrúa. Por eso, al final de esta parrafada, creo que no son ni Ángel ni Emir los mejores críticos profesionales del patio y el asado. Creo que más imparcialmente creativo es el trabajo crítico de Lisa Block de Behar. Es cierto que para ejercer autoridad en el rancho tuvo que hacerse cargo de la semiótica, que felizmente no le hizo mella. Más bien, sustentó su estudio del campo comunicativo, que abre la literatura y suele cerrar la crítica. Pero lo notable es que Lisa no ha sido meramente disciplinaria, sino que ha acompañado con brío y empatía a los mejores autores contemporáneos. Su canon es breve, pero se ilumina de inmenso.

Los ángeles y emires escribieron libros o monografías sobre Rodó, Acevedo Díaz, Quiroga, Herrera, Onetti, Carreras, Díaz Martínez... Pero, que yo sepa, no hubo a su hora, ni hay a su deshora, suficientes trabajos sobre Idea Vilariño, Ida Vitale, Amanda Berenguer, Marosa de Giorgio, Mario Levrero, Enrique Fierro, Roberto Echavarren... Y no hablemos ya de los que vienen después. Hasta las revistas en internet hacen teoría cultural pero no he comprobado un solo estudio sobre la notable poesía de Aldo Mazzuchelli.

Vi a Lisa en acción y brío en un magnífico coloquio sobre letras franco-hispanoamericanas en Heidelberg. Reunió ella un grupo de hispanistas de varias persuasiones y logró que Jacques Rancière ofreciera la conferencia magistral nada menos que sobre Borges. Memorable coloquio en el que pudimos hablar de la literatura uruguaya sin que nadie nos arrebatara el micro. Lisa editó las actas del coloquio como un documento del diálogo entre Francia y América Latina, ese mito de nuestra juventud revisitado por ella como un acuerdo puesto al día. Pocos, demasiado pocos, de nuestros críticos son al mismo tiempo intelectuales dialógicos, disciplinarios formales y, la prueba de fuego, capaces de amar la literatura.



